**PÁGINAS DE EJEMPLO “UN ÁNGEL PARA HARMONY”**

**1**

**Abel**

Me llamo Abel. Tengo un trabajo de alto riesgo: soy ángel de la guarda. Sí, ángel de la guarda. Uno de esos a los que los niños rezan por la noche diciendo ángel de la guarda, dulce compañía, no me dejes solo ni de noche ni de día. He sido guardián de niños y no es tan sencillo como puede parecer. No solo se escapan de las manos de sus padres, a mí también se me escaparon. La verdad es que no entiendo cómo no me han expulsado del Cuerpo de Custodios. Soy torpe. Pero me lío y tiendo a mezclarlo todo. Soy muy torpe. El Jefe me creó de la nada, como al resto. Me creó guapo, alto, esbelto, con una brillante túnica blanca y dos alas muy elegantes que me dediqué a desplegar una y otra vez admirándome de su perfección. Tuve la mala suerte de que en uno de esos despliegues le di un alazo en los ojos nada menos que al General Miguel, que corría muy apresurado a solucionar algo grave. Miguel solo interviene personalmente cuando el asunto es muy serio, y además no tiene sentido del humor. Ninguno. Y era mi jefe (con minúsculas para diferenciarlo del otro Jefe, el Supremo). Me gané una reprimenda histórica por mi descuido, y yo, recién llegado, me eché a llorar pensando que me iba a mandar a montar guardia en los límites del Cielo, allí es desde donde dan aviso inmediato si los Otros se preparan para alguna incursión. Los Otros están muy bien preparados para la guerra moderna, al fin y al cabo tienen tratos con los mandamases más crueles de la tierra. Ellos también tienen un jefe sin sentido del humor, estricto y autoritario, solo se lo pasan bien y hacen de las suyas cuando están de misión. En casa, ni se mueven. Miguel, al verme llorar, se apiadó de mí.

—¿Recién creado?

—Sí, mi General —conseguí articular.

Me estuvo evaluando en silencio y movió la cabeza. Suspiró resignado.

—Bien. Creo que tu lugar no está entre las tropas celestiales. Ve a hablar con el director del Coro y que te asigne un sitio.

¡Uf! Me había librado de una buena. La idea del Coro me encantó. Se pasaban la vida ensayando para cantar en las grandes celebraciones. Y eran buenísimos, artistas de la cabeza a los pies. Me dirigí a la Sección correspondiente y a mis oídos llegaron las vocalizaciones y el sonido de los instrumentos afinados. ¡Oh! Las arpas me elevaron sin necesidad de mover las alas. Me presenté al director, que me acogió muy bien. Pedí un arpa y me dispuse a tocar un solo magistral. En mi inocencia creía que ser ángel y hacerlo todo bien era uno y lo mismo. Así era siempre. Pues no en mi caso, no había nacido con aptitudes para la música. Me quitó el instrumento de las manos muy enfadado mientras el resto intentaba contener la risa. Me hizo vocalizar. Un desastre. No tenía ni voz ni oído. Ni en la última fila del Coro dejaría de oírse que desafinaba.

—¿Pero de dónde has salido? ¿Quién te ha mandado aquí?

—Soy un recién creado. El General Miguel me ha dicho que viniera.

—Ya. Pues qué bien. Coge estas partituras y vete a la última fila. ¿Por qué todos los que cantan mal tienen tanta voz? —se lamentó— Dentro de tres días actuamos. No nos hagas quedar mal.

—Pero no sé leer música.

—No sé por qué no me sorprendo. Hablaré con Gabriel sobre ti. Ahora ve a dar una vuelta y no toques nada.

Me aburrí mucho porque todos tenían algo que hacer menos yo. Estorbaba en todas partes. Un ángel con túnica de campaña tropezó conmigo cuando estaba contando nubes.

—No te preocupes, Abel. Al principio se está un poco descolocado pero ya te acostumbrarás. Tienes toda la eternidad — terminó con una carcajada.

—¿Dónde vas?

—¡Oh! Me escapo un momento. ¿Quieres acompañarme?

No sabía que nos podíamos escapar. Pero le dije que sí, claro. De repente nos encontramos bajando unas escaleras empinadas. «Una entrada secreta», me dijo mi nuevo amigo, abrió una trampilla y nos encontramos en un pub lujoso. Había una orquesta, bailarinas, tíos guapos bebiendo en la barra y sentados a las mesas con mujeres impactantes. A mí se me abrieron los ojos de la impresión.

—¡Mira quién está aquí! —gritó entusiasmado un tipo alto, de pelo rubio rojizo hasta los hombros y enormes ojos verdes— Arthur, colega. A mis brazos —se abrazaron riendo— Vamos a descorchar una botella de champán. ¿Y éste? —Se refería a mí. —Es Abel, acaba de llegar y anda algo despistado. Espero que no te importe que le haya traído.

—¿Abel? Qué nombre tan hortera, tío. Y así tan de blanco pareces un niño de Primera Comunión. Pero los amigos de Arthur son mis amigos. Estamos de celebración aprovechando que papá se ha ido —se reía lleno de satisfacción. Se volvió hacia mí— Puedes llamarme Dash.

—Dash. ¿Y quién es tu padre?

—¡Esa sí que es buena! ¿No lo sabes? ¿No sabes dónde estás? ¡Amigos! —gritó— Os presento a Abel. No sabe dónde está ni quiénes somos.

Todos se reían como locos. Incluso mi amigo Arthur. Una chica preciosa de larga melena pelirroja y un vestido rojo ceñido y escotado se me acercó. Tenía también los ojos verdes y parecía un calco femenino de Dash.

—Qué monísimo eres. Pareces un ángel de postal, tan rubio y con esos ojos tan azules. —Lucy, hermanita, no le asustes. Está muy tierno para ti.

—Por eso me gusta, porque está tierno. Le pediré a papá que me lo regale.

—Venga, ya. Vete a tentar a otro, hoy no.

Arthur y Dash bebían champán repantigados en cómodos sillones. Dash sacó una pitillera de oro y fumaron los dos.

—¿Cómo van las cosas por ahí arriba, Arthur?

—Como siempre, tío. Cánticos, júbilos, celebraciones por cada pecador arrepentido, bienvenidas a los que llegan, y de vez en cuando un novato como Abel. Le han echado del Coro. ¿Y aquí abajo?

—Papá cada vez de peor humor, si puedes creerlo. Y eso que no nos faltan huéspedes selectos. Pero los tuyos están dando fuerte. Creo que papá y el Jefe Supremo van a hablar sobre establecer límites.

—Un momento —intervine yo— ¿Arriba? ¿Abajo? ¡Me has traído al Infierno, Arthur! ¡Traidor! No podemos confraternizar con el enemigo.

—Por fin el niño se cayó del guindo. Y no grites, somos personas educadas. Hay muchas visitas, querido. Sin contar con que papá y el Jefe Supremo hablan a diario por videoconferencia para coordinarlo todo. Me caes bien, tío. Sí. Si te mandan a la tierra iré a verte. Seguro que me necesitarás.

—No creo que lo manden a la tierra, Dash. No está preparado.

—Lo mandarán cuando la haya liado ahí arriba, ya verás.

—Estoy aquí, no habléis de mí como si no os oyera. Vámonos ya, Arthur.

—Nos vamos, Dash. Hasta otra.

Volvimos a subir aquel tramo de escaleras. Yo estaba muy confundido y pedí explicaciones. Arthur parecía ligeramente beodo.

—Mira, muchos nos escapamos a tomar algo abajo cuando nos aburrimos. Una copa, un cigarrillo, unas risas. Las chicas son impactantes, ya las has visto. Ellos no suben porque el General Miguel no les deja entrar y los echa, bajamos nosotros. Aquí solo tenemos maná y horarios de trabajo exhaustivos. Dash es amable y su hermana Lucy un bombón; aunque un bomboncito envenenado. Menos mal que carezco de deseos libidinosos —se reía— porque si no lo pasaría fatal. Y eso que ha intentado sus trucos conmigo, uf. Puro fuego. Pero con nosotros no tiene nada que hacer, claro. Por ese aspecto no te preocupes, aunque te intente besuquear tú no sentirás nada. Y tú le has gustado mucho, se le notaba. Volveremos en cuanto haya otra ocasión.

—¿Y qué pasará si se entera el General?

—¿De qué tiene que enterarse el General?

Para mi horror, Miguel estaba justo detrás de mí. Me quedé balbuceando incoherencias porque no quería delatar a Arthur.

—Era una pregunta educada, Abel. Sé todo lo que pasa y además leo el pensamiento. Arthur, es la tercera vez que te sorprendo. Al menos estabas en tu tiempo libre. Al límite oriental

ahora mismo, preséntate allí a tu superior. Y tú, Abel, no sé qué voy a hacer contigo. Le pediré a Gabriel que te asigne una misión.

Me mandaron a la sala de ordenadores, donde los expertos monitorizaban todas las conexiones entre el Cielo y los Mundos Exteriores. Los Otros intentaban constantemente ataques informáticos, sus expertos eran hackers de primera. Al principio me lo pasé muy bien. Me enteraba de todo de primera mano. No me dejaban tocar los ordenadores, sólo llevaba mensajes de una sección a otra. Un día que me quedé solo frente al aparato central se me fue la mano sin querer y toqué lo que no debía. Saltó la conexión. Durante unos instantes eternos nos quedamos sin saber qué estaba pasando. Al principio echaron la culpa a los de siempre, hasta que me di cuenta de que había sido yo y confesé. El CEO le dijo a Gabriel que no podía seguir allí. Entonces Gabriel me mandó a la tierra con una misión sencilla: ser custodio de un bebé. Fácil. El crío no andaba, así que no podía escaparse. No hablaba más que sonidos y no podía decir que yo estaba con él, aunque me señalaba con su dedito diminuto. Nadie más de la casa me veía. Juro que no le quitaba la vista de encima; pero se tragó una pieza de un juguete y estuvo a punto de ahogarse. Culpa mía, de todas formas. Me llevé una bronca que me dejó por los suelos. Yo había descubierto mi verdadera vocación: ser ángel de la guarda, no cantar en el Coro ni patrullar las fronteras. Ser custodio en la tierra. Supliqué que me permitieran demostrar que podía hacerlo. Me asignaron a un niño que andaba, corría y hablaba. El puto crío (en la tierra aprendí a expresarme crudamente, como los humanos) era una bomba de relojería. No dejé que me viera nunca. Iba con la bicicleta a una velocidad de psicópata, se colgaba de los árboles, se tiraba al río de agua fría y no muy limpia. A veces, cuando estaba tranquilo con sus amigos, los otros ángeles y yo hablábamos y nos desesperábamos, no podíamos vivir tranquilos. Mi niño me la jugó. Se cayó de una altura considerable en un parpadeo. Por mucho que corrí no llegué a tiempo. Se rompió una pierna. Creí que me enviarían a las cocinas a preparar maná. Y lo hicieron. Estuve a punto de provocar un incendio cósmico. Nadie me quería. Es decir, todos me amaban, pero no me querían en sus tareas. Daban partes de mí constantemente. Y yo me pasaba el tiempo llorando sentado en una nube. El Jefe Supremo me hizo llamar. Me habló bondadosamente y yo lloré aún más. Le supliqué que volviera a mandarme a la tierra, necesitaba ser útil, ayudar a los humanos, velar por ellos. En el Cielo iba de un lío a otro. El Jefe Supremo me apoyó una mano en la cabeza y me dijo que parecía más humano que ángel, un desastre con alas. Y volví a la tierra. Gabriel habló conmigo muy seriamente.

—Abel, esta misión va a ser un poco diferente. Estaremos pendientes de ti, no te asustes pase lo que pase, no perderás tu condición angélica. Pero vas a adoptar apariencia humana. Cada noche nos informarás vía videoconferencia y te iremos dando instrucciones. Ten cuidado, porque los Otros también están de misión y tratarán de jugártela.

—¿Por quién tengo que velar?

—Es una anciana enferma, está sola porque su única familia no vive en la ciudad. Acompáñala hasta su último momento y tráela. Su marido ya la está esperando. Tú tendrás que avisar a la funeraria y a su nieta.

—Parece muy sencillo.

—Lo es. O debería serlo. Ve a la Oficina y allí te darán lo que necesitas.

—¿Dónde tengo que ir, por cierto?

—A Nueva York.

Tenían preparado todo el papeleo. Certificado de nacimiento, pasaporte, carnet de conducir, tarjeta de la Seguridad Social, un móvil con su cargador, un ordenador y algo de dinero, así como la dirección de la anciana y de la nieta y varios números de teléfono.

—Con esto tendrás suficiente, Abel. Suerte.

No sé qué pasó. Hubo problemas a causa de los ataques informáticos, yo me despisté y caí donde no debía. En el primer momento me impresioné al verme con un cuerpo humano. No es que no supiera cómo eran las personas; pero aquel cuerpo masculino era el mío y tendría que cargar con él hasta que terminara mi misión, con todas sus consecuencias. Sentía hambre, sed, frío y calor; incluso necesidades fisiológicas muy humanas que me disgustaron. Por lo menos pasé una semana en una playa preciosa, un grupo de gente muy variopinta me acogió como a uno más, se dedicaban a tareas ecológicas y les ayudé de buena gana. No me faltó ni comida ni un saco de dormir. Me hubiera quedado con ellos sin ningún problema. Pero cuando pudieron localizarme se acabó aquella vida idílica. Sin saber cómo me vi en una calle cualquiera de Nueva York. La inmensa ciudad me aturdió. Además, hacía frío y viento, era finales de octubre y yo iba poco abrigado. Me vi reflejado en un escaparate: un hombre joven de unos treinta años, sin afeitar, vestido con vaqueros, sudadera gris con capucha, calzado con zapatillas negras y ni rastro de las alas. Seguía siendo alto, algo más de un metro noventa; y conservaba el pelo rubio y los ojos azules. Iba mal equipado para el clima y no sabía dónde estaba. En una bolsa en bandolera llevaba el sobre con mi identificación y el ordenador. El dinero iba en uno de mis bolsillos. Me eché la capucha sobre la cabeza y seguí andando acera adelante. Me animé a preguntar a un transeúnte dónde estaba y el tipo me echó una mirada asustada y se apartó de mí. Insistí y alargué una mano, pero me malinterpretó y salió corriendo. Yo le seguí para que hablara conmigo. En pocos minutos un coche de policía se paró junto a mí, intenté escapar pero me inmovilizaron y terminé en una comisaría como sospechoso de intento de robo y agresión. Yo no entendía nada, me leyeron mis derechos y para reafirmar mi inocencia contesté a todas las preguntas que me hicieron. No tenía abogado ni nadie a quien llamar, imaginad si hubiera hecho una llamada a Gabriel desde allí. El resultado hubiera sido peor. Me fotografiaron y tomaron mis huellas dactilares. Examinaron mis pertenencias y me interrogaron sobre la dirección y los números de teléfono que llevaba escritos en una hoja de papel. Mis documentos decían que era Abel O´Brien, ciudadano estadounidense, nacido el catorce de febrero de mil novecientos ochenta y cinco en Deadwood, condado de Lawrence en el estado de Dakota del Sur. ¿Cuánto tiempo llevaba en Nueva York? Acababa de llegar y no conocía la ciudad, me había perdido. Me dijeron que mi acento no se correspondía con mi lugar de nacimiento. Parece ser que en mi esfuerzo por hacerlo todo bien hablé un perfecto inglés británico, académico y más propio de un viejo profesor de Oxford que de un chico de una pequeña ciudad de Dakota del Sur. No llevaba billete de autobús ni de avión, no supe explicar cómo había llegado ni por qué no cogí un taxi, un autobús o el metro para ir a la dirección que constaba en las anotaciones. ¿Quién era la señora Rose Smith? ¿No me había hecho contrato? ¿Y la señorita Harmony Rose Kelly? ¿Por qué tenía su número de teléfono? Respondí lo mejor que supe. La señorita Harmony Rose no vivía en Nueva York sino en New Haven, estado de Connecticut, trabajaba en la Biblioteca de la Universidad de Yale, no sabía en qué sección. Era la nieta y única familia de la señora Rose Smith. Y no, no me conocía. Ni yo a ella. Estaba en un verdadero embrollo y aquello no era el Cielo. Firmé cuanto me pusieron delante y elevé una súplica mental a mi jefe. “Gabriel, sácame de aquí como sea”. Poseía un cuerpo humano con todas sus limitaciones, tenía hambre, sed, frío y necesidades fisiológicas. Tenía que ir al baño. Casi me morí. No podía pagar la fianza, el dinero que me habían asignado en la Oficina no me alcanzaba, ni conocía a ningún abogado. No conocía a nadie. Aquel transeúnte anónimo me había arruinado la vida gratuitamente. Deseé tener super poderes para volatilizarme. Padecí los peores días de mi vida. Hasta que se produjo un milagro: mi abogado había pagado la fianza, explicado clara y extensamente el porqué de mi presencia en Nueva York y se hacía cargo de mí. Se me saltaron las lágrimas. Me daba igual quién fuera aquel abogado desconocido. Me había salvado. Me quedé parado de la impresión cuando lo vi, elegante con su traje y su abrigo gris oscuro, prendas carísimas. Dash en persona me estaba esperando, sonriendo como si la vida fuera una fiesta. A lo mejor para él.

—Muchas gracias, tío. No sabes lo mal que lo he pasado ahí dentro.

—Para eso están los amigos. Y me hago idea, muchos clientes míos pasan por ese trance y peores. Por eso me hice abogado, papá insistió.

—Me has salvado —estaba llorando otra vez.

—Lo que tienes es hambre y sueño. Te invito a cenar. ¿Sabes dónde puedes dormir? —En casa de esa anciana, Rose Smith. Es mi protegida hasta que la lleve arriba, con su marido.

—Ah. Bueno, primero a comer algo, te estás cayendo.

Pese a sus ropas lujosas entramos en un restaurante poco atractivo y más acorde con mi pobre aspecto. Tuve que volver al baño, el miedo y la impotencia me estaban pasando factura. Esa experiencia me resultaba humillante.

—Ya te acostumbrarás, colega. Es lo que tiene ir de humano. Preciosa, trae un par de hamburguesas completas con extra de patatas fritas, dos cervezas y de postre tarta de chocolate. Por favor.

Era muy persuasivo. La camarera, joven, pero con cara de agotamiento, le sonrió. Él le guiñó un ojo.

—¿No te han dado más ropa que esa?

—No. Solo lo que ves. Identificación, móvil, ordenador y unos cincuenta dólares. Aparecí en la ciudad muy desorientado, no sé en qué zona estoy ni dónde queda la casa de la señora Smith —empecé a comer. La grasienta hamburguesa me provocó náuseas, las patatas eran igual de horribles. Bebí un trago de cerveza y caí en algo— Dash, cuando hablas de tu padre, ¿a quién te refieres?

—Pues a mi padre, naturalmente. Lucy y yo somos sus hijos. Él es el puto amo ahí abajo, ya sabes.

—El mismísimo… ¿quieres decir…? ¿Ese Él?

—El mismo, Abel. Nos tuvo con una mujer mortal pero muy encariñada con él. Mamá murió al nacer nosotros, somos mellizos. Mi hermana y yo no tenemos nada de humanos, aunque a ella le encanta vivir aquí. Tiene un apartamento precioso en Manhattan. Conozco la dirección de la anciana. No está nada mal, te gustará. Podría haber sido peor. Al menos te moverás en una zona familiar y muy segura. Te llevaré. —Gracias. Estoy molido.

Su coche era impresionante, último modelo, caldeado, asientos tan cómodos. Me dormí. Me tocó suavemente.

—Abel, ya estamos.

—Me he dormido, lo siento.

—Tienes que saber un pequeño detalle, colega. Y no te cabrees conmigo —agitaba un llavero ante mis ojos— La señora Smith ya no está en este mundo, falleció mientras iniciabas tus aventuras en la tierra.

—¿Cómo? Pero eso no puede ser. ¿Y qué hago ahora?

—Pues entrar con la llave en su casa. Es un sitio enorme, muy agradable y limpio. No te preocupes por los detalles, yo me he ocupado.

—¿Tú la has…?

—¿Yo? ¿Por quién me tomas? La atropelló un coche; más bien la golpeó, no la arrastró. Llamé a una ambulancia y la llevamos al hospital. Yo me hice cargo de todo y sostuve su mano durante el tránsito, nada más. Claro que no llamé a ningún sacerdote, a tanto no llegó mi amabilidad. La pobre mujer pedía confesión, así que le pedí que me contara a mí lo que fuera. Nada de interés, un ama de casa clásica muy encariñada con su nieta. Una buena persona que abajo no nos hacía falta. Uno de los tuyos apareció para llevarse el alma y tuvimos unas palabras. Se fue muy enfadado. Me temo que te van a pedir cuentas.

—Pero no ha sido culpa mía.

—Yo lo sé. Pero ellos van a pedir tu cabeza. ¿Seguro que te ha creado el Jefe Supremo? Porque eres torpe de cojones, perdona que te lo diga, no das una en el clavo. Aunque a mí me caes muy bien, en serio. Y a Lucy aún más. Yo estaba tan conmocionado por sus palabras que no podía reaccionar. Se me volvieron a saltar las lágrimas.

—Lucy no tiene nada que hacer conmigo, Dash. Supongo que es consciente de que no padezco deseo ni pasión erótica.

—Antes, sin duda. Pero no con tu cuerpo humano. Igual que sientes hambre y sed, sentirás deseos amorosos. Que los puedas controlar o no será asunto tuyo. Abel, pero qué inocentón eres — se reía regocijado— Cada vez me caes mejor, tío. Venga, ve a descansar.

—¿Y Harmony no sé qué, la nieta? Supongo que vendrá al funeral. No puede encontrarme en casa de su abuela.

—La señorita Kelly y yo hemos tenido varias conversaciones muy instructivas. La telefoneé para anunciarle el desgraciado fallecimiento de su abuela. A su trabajo, claro, no quise llamarla al móvil para que no sospechara nada raro ni me hiciera preguntas incómodas. Vino para el funeral y nos vimos, le informé detalladamente de lo ocurrido. La vi muy afectada, pero supo mantener la calma. He conseguido que me deje a cargo de todo porque ella está muy ocupada y yo soy el mejor abogado de la ciudad —se reía— Sin contar con mi poder de persuasión, por supuesto. Se llevó lo que le pareció, unas cosas personales. La he convencido para que alquile la casa y lo he hecho en tu nombre, me ocupé del papeleo. Eso sí, el alquiler corre de tu cuenta. Tendrás que buscarte un trabajo hasta que te saquen de aquí. No hay ningún motivo para que la señorita Kelly y tú os veáis ni mantengáis ningún tipo de contacto siempre y cuando reciba puntualmente su cheque. ¿Contento?

—Gracias, tío. Estoy demasiado aturdido, pero te agradezco todo lo que has hecho. No me tengo en pie.

—Mañana cómprate algo de ropa de abrigo, la vas a necesitar. ¡Oh! Apunta mi móvil, nunca se sabe. Soy un abogado jodidamente bueno y muy caro. Pero a ti no voy a cobrarte.

Salí del coche y le vi marcharse. Era tarde y estaba todo muy oscuro. Abrí la puerta principal y busqué el interruptor de la luz. Sin apenas mirar dejé todo sobre la mesa del comedor, bebí agua directamente del grifo y me encaminé casi arrastrándome al piso de arriba en busca de un dormitorio. Me quité las zapatillas y me dejé caer vestido sobre la cama cubierta con una colcha de patchwork. Estaba destrozado. Haciendo un gran esfuerzo me quité la ropa y me acosté. No había conectado el móvil ni el ordenador, se me olvidó que tenía que dar el informe, me olvidé de todo. Me quedé dormido al instante. Y soñé con una mujer joven que no sabía lo guapa y especial que era. Y los hombres estúpidos que la habían rechazado no sabían qué ser tan maravilloso habían apartado de sus vidas.